

ÍNDICE

	Págs.
INTRODUCCIÓN.....	5

LIBRO PRIMERO

RECUERDOS DEL PASADO

<i>Capítulo I.</i> —Un jesuita del siglo xvii.— <i>Las Provinciales.</i>	
I.—Un jesuita del siglo xvii.....	27
II.— <i>Las Provinciales.</i>	32
<i>Capítulo II.</i> —La Moral relajada.—Chateauroux y Pompadour.....	40
<i>Capítulo III.</i> —Tiranicidio y Parlamento.—El odio de la Universidad.—Sus causas.....	57
I.—Tiranicidio y Parlamento.....	57
II.—El odio de la Universidad.—Sus causas.....	68
<i>Capítulo IV.</i> —Reparación solemne.—Ravaillac.—Nueva acusación.....	75
I.—Reparación solemne.....	75
II.—Ravaillac.—Nueva acusación.....	81
<i>Capítulo V.</i> —Quién ha querido destruir á los jesuitas.—La supresión.—La sumisión.....	91
I.—Quién ha querido destruir á los jesuitas.....	91
II.—La supresión.—La sumisión.....	99

LIBRO II

EXAMEN DEL PRESENTE

<i>Capítulo I.</i> —Las dos juventudes.—¿Qué es un clerical?	
I.—Las dos juventudes.....	109
II.—¿Qué es un clerical?.....	123

suelos al reo al pie del cadalso, iban ante los Reyes (1); que manejaban el pincel en China, el telescopio en nuestros Observatorios, la lira de O que ellos han

ÍNDICE

	Págs.
INTRODUCCIÓN.....	5

LIBRO PRIMERO

RECUERDOS DEL PASADO

<i>Capítulo I.</i> —Un jesuita del siglo xvii.— <i>Las Provinciales.</i>	
I.—Un jesuita del siglo xvii.....	27
II.— <i>Las Provinciales.</i>	32
<i>Capítulo II.</i> —La Moral relajada.—Chateauroux y Pompadour.....	40
<i>Capítulo III.</i> —Tiranicidio y Parlamento.—El odio de la Universidad.—Sus causas.....	57
I.—Tiranicidio y Parlamento.....	57
II.—El odio de la Universidad.—Sus causas.....	68
<i>Capítulo IV.</i> —Reparación solemne.—Ravaillac.—Nueva acusación.....	75
I.—Reparación solemne.....	75
II.—Ravaillac.—Nueva acusación.....	81
<i>Capítulo V.</i> —Quién ha querido destruir á los jesuitas.—La supresión.—La sumisión.....	91
I.—Quién ha querido destruir á los jesuitas.....	91
II.—La supresión.—La sumisión.....	99

ÍNDICE

552.

440

ÍNDICE

	PÁGS.
<i>Capítulo II.</i> —Influencia del maestro. — <i>Ad majorem Dei gloriam.</i> — El P. Gratry. Lamartine.	
I.—Influencia del maestro.....	129
II.— <i>Ad majorem Dei gloriam</i>	134
III.— El P. Gratry.....	138
IV.— Lamartine.....	141
<i>Capítulo III.</i> — Los religiosos y el Concordato.....	150
<i>Capítulo IV.</i> — Los religiosos y el Clero.....	172
<i>Capítulo V.</i> — Los religiosos y la ley civil.— El supuesto millar de millones.	
I.—El reconocimiento legal.....	181
II.—El supuesto millar de millones.....	193

LIBRO III

OJE DA S' BRE EL PORVENIR

<i>Capítulo I.</i> — ¿Qué pensar de la doctrina política de la Compañía de Jesús?.....	217
<i>Capítulo II.</i> — El <i>Ratio studiorum</i> y los múltiples ensayos en la enseñanza pública.....	235
<i>Capítulo III.</i> — La educación religiosa y la educación laica.....	298
<i>Capítulo IV.</i> — Misioneros franceses. Su número. Sus obras.....	334
<i>Capítulo V.</i> — Lo que hacen los Misioneros por Francia. Escuelas y hospitales.....	353
<i>Capítulo VI.</i> — Cayenne.....	365

suelos al reo al pie del cadalso, iban ante los Reyes (1); que manejaban el pincel en China, el telescopio en nuestros Observatorios, la lira de Orfeo entre los salvajes; que ellos han educado todo el siglo de Luis XIV; cuando se piensa, en fin, que una aborrecible coalición de ministros perversos, de magistrados locos y de innobles sectarios, há podido, en nuestros días, destruir tan maravillosa institución, parece que se ve á aquel loco que ponía el pie sobre un reloj diciendo: Yo te impediré que hagas ruido. Pero, ¿qué es lo que digo? Un loco no es culpable.

He vuelto á leer los dos tomos del P. de Ravignan: *Clemente XIII* y *Clemente XIV*, y esta lectura me ha producido el mismo efecto que si hoy recibiera una carta en que se me dijese: «El Nuncio ha sido informado por el Soberano Pontífice de que el Gobierno de la República no puede vivir con los Jesuítas, y Su Santidad ha pedido al Padre general que disuelva la Orden en las provincias de Francia, por ser sacrificio necesario para el bien de la Iglesia.» Yo al leer tal cosa pensaría: esto es horrible para nosotros. Creo que se ha engañado al Papa como se engañó á Clemente XIV, y que, como éste, reconocerá su error; pero desde el momento en que el Vicario de Cristo ha hablado, sólo nos resta someternos á su voluntad, como nuestros

(1) *Lo quebar de testimoniis tuis in conspectu Rigum* (al pie del retrato de Bourdaloue).

antecesores se sometieron, esperando que venga otro Papa que nos ampare, á imitación de Pío VII, rindiendo justicia al bien que ha hecho nuestra Orden, y que el acto decretando nuestra dispersión no significará, como no significó la primera vez, ninguna censura directa, y que, por consecuencia, el Padre general actual podrá repetir las palabras del Padre general Ricci.

Estaba éste encerrado desde hacía dos años en el castillo del Santo Angel (entonces se procedía de este modo); y cautivo, era una presa devuelta á España. Apenas Clemente XIV hubo cerrado los ojos, Florida-blanca corrió al palacio del Cardenal Albani, y le dijo: «El Rey, mi Señor, entiende que vos le respondéis de los Jesuitas prisioneros en el castillo del Santo Angel: y no quiere que se les dé libertad.» Pío VI, conocedor de la perseverancia de los odios de Carlos III, se ingenió para dar algún alivio á las víctimas que el Rey de España se reservaba. El Monarca católico se mostraba despiadado, el Vicario de Jesucristo se atrevió á ser justo. Ricci no podía ser juzgado, pues hubiera sido absuelto. Pío VI rodeó su prisión de todos los favores compatibles con la privación de la libertad, y concedió á las virtudes del prisionero testimonios públicos de aprecio. Hasta alimentaba la idea de libertarle, cuando en el mes de Noviembre de 1775, el General de los Jesuitas no tuvo fuerzas para so-

portar los dolores que le consumían. La enfermedad hizo rápidos progresos. No se le ocultó á Ricci la proximidad de su muerte, y pidió que le administraran el Santo Viático. Cuando el enfermo se encontró en presencia de su Dios, de los oficiales, de los soldados y de los prisioneros del castillo del Santo Angel, aquel padre de una familia aun joven y condenada á la dispersión, no quiso morir sin despedirse de sus hijos, sin perdonar á sus enemigos.

«La incertidumbre respecto al momento en que Dios disponga llamarme á *Él*—dijo delante de aquellos testigos,—y la certeza de que está cerca, en atención á mi edad avanzada y los muchos y largos sufrimientos superiores á mi flaqueza, adviértanme la necesidad de que cumpla mis deberes, por ser fácil que la naturaleza de mi enfermedad me impida hacerlo en los últimos instantes. Sintiéndome á punto de comparecer ante el Tribunal de la infalibilidad verdadera y de la justicia, que es el de Dios, tras larga y madura deliberación, después de haber levantado al misericordioso y terrible Juez mis oraciones, para que no permita que en este trance me deje arrastrar por la pasión, ni por amargura del corazón, ni por afecto ó fin vicioso, y únicamente por juzgar yo que es deber mío dar testimonio á la verdad y á la inocencia, hago las siguientes declaraciones y protestas:

»*Primero.* Declaro y afirmo que la extinguida Com-

pañía de Jesús no ha dado motivo alguno para su supresión. Lo declaro y afirmo con la seguridad que moralmente puede tener un superior bien informado de lo que pasa en su Orden.

»*Segundo.* Declaro y afirmo que yo no he dado el más leve motivo para que se me encarcelare. Lo declaro y afirmo con la soberana certeza y la evidencia que cada cual tiene respecto á sus propias acciones. Y hago esta segunda protesta solamente porque es necesaria á la reputación de la extinguida Compañía de Jesús, de la que yo era el Superior general.

»No pretendo que por consecuencia de estas afirmaciones mías, se pueda juzgar culpable ante Dios á alguno de los que han perjudicado á la Compañía de Jesús ó á mí; como también me abstengo de semejante juicio. Sólo Dios conoce los pensamientos de los hombres. Él sólo ve los errores del humano entendimiento y juzga si son tales que pueden servir de excusa al pecado. Sólo Él penetra los motivos que producen ciertos actos; el espíritu en que se producen, y los afectos y movimientos del corazón que acompañan á tales actos; y puesto que de todo esto depende la inocencia ó la malicia de una acción externa, yo dejo el juicio de ello al que examinará las obras y sondeará los pensamientos.

»Y para satisfacer mis deberes de cristiano, afirmo que, con el auxilio de Dios, siempre he perdonado y

perdono sinceramente á los que me han herido y atormentado; primero, por todos los males que han causado á la Compañía de Jesús, y por el rigor que han usado con los Religiosos que la componían; y además, por la extinción de dicha Compañía y por las circunstancias que á esta extinción han acompañado; y, en fin, por mi prisión y por la dureza que á ella se ha añadido, así como por el perjuicio que este acto ha causado á mi reputación; hechos que son públicos y notorios en todo el Universo. Yo ruego, al Señor primero, que me perdone á mí por su pura bondad y misericordia y por los méritos de Jesucristo, mis numerosos pecados; y después, que perdone á todos los autores y cooperadores de los referidos males y perjuicios; y deseo morir con este sentimiento y esta súplica en el corazón.

»Finalmente: yo suplico y conjuro á todos para que, en la medida que les sea posible, hagan públicas en todo el orbe estas declaraciones mías; los suplico y conjuro por todos los títulos de humanidad, de justicia, de caridad cristiana que pueden persuadir á cada cual del cumplimiento de este deseo y voluntad mía.

LAURENT RICCI, de mi propia mano.»

II

Séale permitido á uno de los hijos de esta Compañía resucitada, repetir en nombre de todos sus hermanos, las declaraciones del P. Laurent Ricci.

Entiendo que se han engañado sobre nosotros por ignorancia; y creo que muchos reconocerán la verdad que ignoran si se toman el trabajo de leer el presente libro.

¿Soy yo, sin embargo, capaz de ser el portaestandarte que haría falta?

No..., pero, no obstante, tengo un título para ello. Ayer, atravesando el Jardín de Plantas, veía sobre algunas janlas este letrero: «Nacido y criado en la casa.» Y yo pensaba: Aquí no hay más que reemplazar la palabra *casa* por las de Compañía de Jesús. Me parece que por poca buena fe que se me conceda, esta condición de mi existencia debe presentarme á los ojos de mis lectores como apto para hacer luz en el asunto.

Voy á referir algunos hechos de mi vida, y espero que me sean perdonados los detalles demasiado personales de mi explicación.

Mi padre, muerto hace algunos años, cuando contaba ochenta y siete, representaba con gran exactitud el tipo de un burgués del tiempo de Luis Felipe; Consejero en el Tribunal de Cuentas, y aunque por esta causa dispensado del servicio, Guardia nacional vo-

luntario en todos los momentos de peligro. Invooco, sin temor de ser desmentido, el testimonio de la décima legión de otra época y de las gorras de pelo, de las que M. Denormandie habla deliciosamente en su libro titulado *Tiempos pasados, días presentes*. En 1848 mi padre estuvo junto á los Guardias municipales, á quienes se asesinaba; hacia su guardia el 15 de Mayo en la reja de la Asamblea Nacional en el momento de ser ésta invadida. Habiendo estallado un motín en Elbeut, él fué allí con el fusil al hombro. En Junio recibía una bala en su morrión (yo he visto los dos agujeros), una en su charretera de lana roja y otra en pleno rostro. En 1870, á la edad de sesenta y siete años, se reenganchó, permaneciendo durante el sitio en la casa Crochard, hasta que fué destruída á cañonazos, y después en las avanzadas de Arcueil, donde estuvo hasta el fin del sitio, lo que le valió poder ostentar la medalla militar junto á la cruz de Oficial de la Legión de Honor. En una palabra: era un valiente ciudadano que no ponía los pies en la iglesia. Durante treinta y tres años, precisamente el tiempo que Jesucristo empleó en redimirnos, como me decía más tarde, fué librepensador. Recuerdo que Monseñor de Charbonnel, el Santo Obispo de Toronto, pariente suyo, y que había vuelto á Francia para hacerse capuchino, me dijo un día:—No sé cómo tu padre ha conseguido recobrar la fe. Sin duda esto ha sido

efecto de la gracia de Dios. Hace ya mucho tiempo, un día le sorprendí con Spinoza en la mano, y me dije: Alberto está perdido.

Mi padre, antes de su conversión, me hizo ingresar en lo que entonces se llamaba un Colegio real. Contaba yo entonces siete años. Cuando cumplí los once, mi madre y mi abuela, que eran muy religiosas, viendo que en el colegio tomaba mal camino, y que no adelantaba gran cosa, consiguieron de mi padre que me sacase de él para hacer la primera comunión, y fui trasladado á Brugelette.

Brugelette era un Colegio de Jesuitas, fundado á fines de 1835, bajo el pabellón generoso de la libre Bélgica. Estaba situado á una legua de la ciudad de Ath, en pleno campo. Por casualidad le descubrió mi padre durante uno de sus viajes por Bélgica, y en aquellos mismos días, mi madre, que volvía de las aguas de Ems por el Rhin, encontraba en el barco 40 alumnos de dicho Colegio, que hacían una excursión de vacaciones acompañados por el P. Lauras. Lablusa de lienzo sujeta á la cintura, y el aspecto alegre de los jóvenes turistas sedujeron á mi madre, mientras que el magnífico gimnasio de Brugelette y la cortesía del Reverendo Padre Rector seducían á mi padre. El Rector era el P. Delvaux. Salía de la torre de San Julián, en Lisboa, á donde le había arrojado la revolución de D. Miguel, y al salir de allí fué á decir la

misa de *cuerpo presente* por el eterno descanso del alma de nuestro gran perseguidor el Marqués de Pombal, cuyos restos, abandonados desde hacía más de un siglo en ruinoso capilla, parecían esperar el perdón y las oraciones del Jesuita (1). El P. Delvaux comprendió que no había para qué hablar de esto á mi padre, pues éste al principio, algo emocionado por la acogida que se le hacía, se repuso al punto lo bastante para decirle... ¡cuántas veces me lo ha repetido! — «Mi Reverendo Padre, no me toméis por uno de los vuestros. Estoy tan lejos de vuestra religión como de vuestra Orden. Si de mi dependiese vuestra vuelta á Francia, yo os negaría mi concurso. Traigo, á pesar mío, á mi único hijo á vuestra casa, y por solo un año: el de su primera comunión. Mi mujer desea que él la haga bien; yo creo que en el Colegio Real se lograría este deseo, pero ni mi mujer ni mi madre lo piensan así, y el P. Verux las apoya... ¿Y qué queréis que yo haga contra dos mujeres y un Jesuita? He consentido, pues, en confiaros á mi hijo; pero no os le doy, os le presto. Supongo que emplearéis todos los medios posibles para apoderaros de él... Lo que haréis lo ignoro; pero tomaré mis precauciones. Os pido vuestra palabra de honor, por escrito si es preciso, de que no haréis de él un niño de coro, ni un actor de vuestro tea-

(1) Véanse los documentos justificativos.

tro, ni ninguno de esos privilegiados que os sirven para atraer discípulos. Es menester que trabaje... El P. Delvaux respondió sonriendo:—Os doy mi formal palabra de que será como queréis.

—¡Valiente palabra para el pobre padre!—dirá el lector.

No hay que juzgar por las apariencias. La palabra ha sido fielmente cumplida. Jamás se me obligó á hacer nada de lo prohibido por mi padre. Cuando pregunté la razón, no se me dió respuesta. Sin embargo, un día, el de San Francisco de Sales (patrón de nuestras clase de letras, por haber sido San Francisco de joven estudiante, presidente de la Academia de Retórica), y en ocasión de representarse una comedia en la casa de campo, y sin más público que los Académicos, encargáronme del papel de *Carlos* en los *Dos preceptores* de Scribe. La comedia agradó mucho y se pensó en representarla un día en que llovía, ante todos, en el Colegio, para distraer la monotonía de la velada. Con el pretexto de que durante la semana yo me había mostrado algo perezoso, se me retiró mi papel y se le entregó á otro.

Otro día en que faltaba un niño de coro, y mientras mis condiscípulos entraban en la capilla, el sacristán me vió, y cogiéndome por un brazo, me condujo á la sacristía, donde me puso una sotana roja y un alba. Yo di noticia de esto á mi madre para ala-

barme, como si mi buen comportamiento me hubiera valido tal honra.

Mi padre me respondió que mentía, y al mismo tiempo escribía al Reverendo Padre Rector, acusándole de haber faltado á la palabra dada si lo que yo refería era cierto. No fué el P. Delvaux, sino el Padre Pillon el que se excusó como pudo, jurando que el caso no se repetiría.

Todo esto ofrece escaso interés, y únicamente sirve para probar que, cuando hable de los Jesuitas, no se me debe reprochar que hable de cosa que desconozco. Desde la edad de once años hasta el momento actual, no he abandonado á los Jesuitas, pues no ha sido ningún amoroso desengaño el que á ellos me ha llevado. Entré en la Congregación á los diez y siete años, llevado, como dice Gresset, «de la cuna al altar». —¿Cómo?, ¿por qué?—Voy á procurar decirlo. Cuando llegué de mi Colegio Real parisién al de los Jesuitas, todos, naturalmente, me interrogaron sobre la casa que acababa de dejar. Las preguntas se convirtieron en burla, y, entonces, uno de los alumnos, dijo:—¡Dejadle tranquilo! Es tonto entontecer á los que llegan.—Y aquí terminó la broma.

Recordé cómo fui atormentado y golpeado cuando entré en el patio de recreo de mi colegio de Paris, y como, por ser yo pequeño y poco recio de puños, dos camaradas me sujetaban, mientras otro me golpeaba

usando yo entonces de la única arma que me quedaba; no pudiendo morder á mi adversario, le escupí al rostro, lo que hizo que me llamasen Judas.

Pensaba en esto, cuando uno de mis compañeros, cogiéndome por el brazo, me llevó con él, diciendo: «Son las ocho, y dividiremos los campos.»

Disponíame ya á preguntar qué era lo que aquello significaba, cuando la campana sonó, y quedé emocionado al oír cien voces, que á la vez reclamaban silencio.

Hoy, reflexionando en ello, me parece que aquello me dió mejor que cualquier otra explicación, la idea de la regla y de la autoridad que la hacía observar de aquel modo.

En clase, la forma rítmica en que se respondía á la oración del Ave María me conmovió, y sin que yo pudiera darme cuenta entonces, incrustó más profundamente en mi cerebro aquella idea.

Después de la oración, el profesor, que era el Padre Hubin, mientras los libros nuevos eran distribuidos, nos dijo: «Tomad vuestros libros, y voy á haceros algunas advertencias. Me dirijo á los nuevos, en primer lugar, y les ruego que miren las paredes y las mesas. Veréis, hijos míos, que las paredes están limpias, y no es solamente porque hayan sido pintadas de nuevo. Preguntad á los antiguos si hace dos meses habia en ellas una sola mancha de tinta. Ni

una. Mirad las mesas: no hay en ellas ni una línea de lápiz ni una cortadura... Pues bien: es preciso que dentro de un año estén lo mismo. Si en vuestra casa os permitiérais manchar las paredes, ó estropear el escritorio ó el costurero de vuestra madre, ésta no os lo permitiría, ¿verdad...? Pues considerad que aquí estáis en vuestra casa.

»Pero también estáis en nuestra casa. En ella os recibimos; y todo lo que hay aquí para vuestro uso, os lo prestamos, como se lo prestamos también á vuestros compañeros.»

Creo no haber cambiado ni una sola palabra del discurso del Padre Profesor, tan sencillo y fácil de retener en la memoria.

La impresión que yo sentía, y que la invocación de estos viejos recuerdos hace revivir en mí, era la de un profundo respeto por las cosas que antes desconocía, respeto acompañado de gran temor. El Padre hablaba con voz tan baja, que exigía el silencio: un instante se detuvo bruscamente; hizo una pausa y miró á un extremo de la clase, donde se hablaba. Nada dijo, pero sólo su silencio produjo otro tan profundo, que me impresionó. Ciertamente, á nadie acómetía el deseo de murmurar.

Terminadas sus advertencias, dió una palmada, y con voz casi alegre y sonriendo, dijo:

—Ahora, ¡á trabajar! Vamos á ver si tenéis ener-

gía, ó, al menos, cuál de los dos campos la demuestra mayor. Ved, dijo á los nuevos, y les mostró dos cartelones, uno situado á la derecha, en que se leía *Romani*, y otro á la izquierda, con este letrero: *Pæni*. El año ha terminado con la derrota del campo Romano, como lo indica la corona de laurel que está sobre el cartaginés. Vamos á dividir los campos.

«Fulano y Fulano, primero y segundo premio de buena conducta, serán los jefes de campo. Zutano y Mengano, primero y segundo premio de diligencia, serán los secretarios. Los dos jefes de campo van á retirarse á su tienda, en aquel rincón de la clase, y elegirán sus soldados alternativamente. Como no conocen á los nuevos, los nombres de éstos se sacarán á la suerte.»

Separados los campos, se comenzó la clase, haciéndonos recitar las oraciones de la mañana y de la noche, y después la lección de Catecismo. Cuando uno de los alumnos olvidaba una palabra, su émulo, es decir, el del otro campo, que tenía el mismo número, le corregía prontamente. Á falta suya, todo el campo gritaba á la vez, formando ruido ensordecedor que me divertía mucho.

Yo escribí á mi madre lo siguiente: «Lo que más me divierte es la clase.» Mi padre creyó que la carta me había sido dictada, no pudiendo pensar que yo hubiera ya caído *bajo la influencia*.

No quiero alargar este relato, que pudiera resultar fastidioso, pero sí he de decir que cuando procuro darme cuenta de la causa de *esta influencia*, me parece que no fué únicamente la vida de colegio: ésta me hubiera hecho amar á mis compañeros más que á mis profesores, y me hubiera impulsado á buscar á aquellos en el mundo, más que á encerrarme en el claustro para vivir en él con los segundos. No... Lo que me atrajo hacia éstos fué su bondad y el cariño que unos por otros demostraban. No solamente no vi jamás traza de disentiimiento entre ellos, no solamente su amable cortesía me sedujo, sino un no sé qué en su aspecto, en sus palabras, que hacía decir: ¡Ved cómo se aman!

Yo encontraba el rostro de los Padres siempre amable y dulce; y cuando se ponía severo, algo me hacía comprender que yo había dado motivo para esta severidad y que la merecía. Oía también el rumor de sus alegres risas que venían del jardín ó de la sala cuando se concedían unos momentos de descanso. La puerta de esta sala se entreabría alguna vez y me parece que ellos reían siempre. Poco á poco las segundas impresiones que yo experimenté desde mi llegada á Brugelette, agrupándose en torno de la primera que había sido entusiasta y que se fortalecía, se cristalizaban, por así decirlo, y este conjunto me dejó, al fin de mi educación, impresión general que podría formularse de este modo: ¡Qué dichosos son!

Había ya cursado dos años de Filosofía después de la Retórica, cuando mi padre vino á buscarme y me dijo:

—Vas á entrar en la Escuela Politécnica. Ya te he buscado plaza en casa del abate Paris, en Versalles; una buena escuela preparatoria. Allí está el hijo del Marqués de la Torre del Pino, que entra contigo (el Conde Alberto de Mun debía entrar en seguida), y allí estarás muy bien.

Yo respondí:

—Pero yo no deseo entrar en la Escuela Politécnica.

—Pues, ¿dónde quieres ir? Supongo que no pensarás vivir sin trabajar.

—Oh!.. no... Quiero hacerme jesuita.

—Debiera haberlo sospechado... Voy á ver al Padre Rector.

Hubo una verdadera escena. Yo procuré hacer comprender á mi padre que, educado entre los jesuitas, la idea de ingresar en la Orden era cosa natural, como lo era la de entrar en el regimiento 8.º de los húsares blancos, entonces de guarnición en Lille, y que había acometido á uno de mis compañeros de este punto.

Al principio mi padre no pareció entenderlo de este modo, pero, gracias á Dios, se convenció.

Desde la herida que recibió en 1848, cuyos sufri-

mientos se agravaron en los últimos años, Dios le había tocado en el corazón. Al principio, él no oyó su voz, ó por lo menos no quiso escucharla, pero el sufrimiento hizo que la escuchase. Desesperado de no encontrar lenitivo para este último, temiendo que aquella herida que se abría cada vez con más vivos dolores no se cerrase nunca, pidió al Presidente del Tribunal de Cuentas que le concediese licencia durante un invierno. Se le confió una misión en Argelia. Mi padre tenía demasiada fe y honor para pensar en el suicidio; pero se creyó incurable, y se prometió, si la ocasión se presentaba en África, batirse y hacerse matar.

La ocasión se presentó, y dos veces la vida de mi padre fué singularmente protegida. No quiero hablar más de este asunto, y pido perdón por haberlo hecho con tanta extensión de cosas que probablemente no interesarán á nadie. Si he referido este detalle, es porque encontré en esta conservación extraordinaria de su vida el punto de partida para caminar hacia Dios, lo que trajo para mí la posibilidad de seguir el llamamiento divino.

He aquí por qué, el 29 de Octubre de 1853 yo abría la ventana de mi dormitorio de novicio en Issenheim, ante el panorama espléndido de Guebwiller y de las cúspides de los Vosgos, que comenzaban á cubrirse de nieve.

¿Cómo mi padre, que no me había puesto en Brugelette más que para el año de mi primera comunión, me había dejado allí siete años?

La respuesta es sencilla.

Examinó de más cerca los Colegios Reales de París y dedujo que la educación que en ellos se daba no era la que él quería para su hijo, desde que la gracia de Dios iluminaba su corazón. Una vez llegado al noviciado, transcurrieron los diez ó doce días de lo que se llama la primera prueba; antes de ser admitido á la segunda, más propiamente el noviciado, se me envió sucesivamente á cuatro de los principales Padres de la Casa. Cada uno de ellos debía dirigirme las preguntas que cita el Padre de Ravignan en su admirable libro *De la existencia y del Instituto de los jesuitas* (10.^a edición, páginas de la 53 á la 55), y, entre otras, la siguiente: «¿Estáis resuelto á obedecer á los superiores, que para vos representan á Dios, en todas las cosas en que no juzguéis la conciencia herida por el pecado, hasta el menor pecado venial?»

Pero antes se me había dirigido esta otra: «¿Habéis sido influido por algún religioso de nuestra Compañía para entrar en nuestra Orden?» Si yo hubiera respondido afirmativamente, no se me hubiera recibido.

Examiné rápidamente el tiempo de mi educación en Brugelette; recordé á los Padres con los que había estado en relación. Volví á ver los espacios claus-

tros del colegio, donde con tanta frecuencia me había paseado con mis profesores ó con mi director (pues jamás nos recibían en su cuarto); y lo que con más vigor hirió mi memoria fué la risa burlona con la que mi confesor había acogido la confesión que un día le hice de mis propósitos para lo porvenir: «Padre mío... yo pienso hacerme jesuita.»

Se me dirá que ésta era razón de más para fortalecer en mí el deseo que sentía, como el golpe del viento al sacudir al arbolillo que resiste, ahonda más las raíces de éste. No lo sé. Lo que sé es que aquella burlona acogida me hirió en lo vivo, que el rubor brotó á mis mejillas, humillado ante la idea de que no se me considerase capaz de un gran sacrificio, y que al siguiente día cambié de confesor. Pero el nuevo se rió lo mismo que el antiguo cuando yo le manifesté mis propósitos, como si no me creyese capaz de ejecutarlos.

Muchas veces lo he recordado y me ha parecido después sabio imitar este sistema cuando algún discípulo de la calle de Postas, tras el retiro que abre siempre en nuestros colegios el año escolar, me escribió alguna carta entusiasta para manifestarme que prefería el Instituto de San Ignacio á la Escuela Politécnica ó militar. Hice bien. Generalmente el alumno no insistía, y yo he conocido más de un Ingeniero y más de un Oficial felices y orgullosos hoy de la ca-

rrera que siguen, y que no han vuelto á hablar nunca de su primera vocación.

Gravísima cosa es arrastrar en nombre de Dios á las almas. Verdadero crimen pretender con deliberado propósito arrancar á su familia y al mundo á un joven confiado á vos, para hacerle ingresar en cualquier Orden religiosa.

Basta para comprenderlo pensar en el juicio que contra el que tal intente pronunciará Dios algún día, y quizás también contra la pobre alma que, desviada de su camino por vuestra culpa, se habrá perdido. Me atrevo á asegurar que en tan delicado asunto, en general se prefiere quedarse atrás á avanzar demasiado lejos.

El mundo, ó más bien parte del mundo, no me creerá; pero digo la verdad. Verdad que, á mi juicio, confirmarán algunos de los retratos de jesuitas y de discípulos de jesuitas que se encontrarán en las páginas de este libro.



LIBRO PRIMERO

Recuerdos del pasado.

CAPÍTULO PRIMERO

UN JESUITA DEL SIGLO XVII. — «LAS PROVINCIALES»

I

Un jesuita del siglo XVII.

El gran Lamoignon, escribiendo á uno de sus parientes para anunciar la muerte de Bourdaloue, le decía:

«La pérdida que hemos experimentado con la muerte de un amigo que nos amaba, y al que tan tiernamente amábamos, es tan grande para nosotros, que sólo una completa sumisión á las órdenes de la Providencia puede consolarnos.

»Una larga costumbre había formado entre nosotros una perfecta unión: el conocimiento de sus méritos la habían aumentado; la utilidad de sus consejos, su prudencia, la extensión de su talento, su desinterés,